

del mismo año, haciendo un total efectivo de treinta mil hombres. Nos encontrábamos pues á principios de

CAPÍTULO XVI

Las tropas francesas se aprestan á abandonar el país. — Misión del general Almonte en París. — Noticias de esta misión. — Los Estados Unidos impiden el enganche de voluntarios para México. — La Emperatriz propone ir á Europa. — Su viaje de México á Veracruz. — Primeros síntomas de locura. — Confiianza del Emperador en la misión de su esposa. — Proyectos para detener á los franceses.

El ejército francés se aprestaba á evacuar el territorio mexicano, á pesar de la urgente necesidad de su presencia en México, donde nada se había organizado definitivamente; á pesar de que Maximiliano aseguraba que Napoleón III le había prometido de palabra, que las tropas francesas se quedarían en México, por cinco años á contar desde la fecha en que S. S. M. M. habían llegado al país; y á pesar, por último, de que la carta del Ministro de la Guerra en París, fechada en esa capital el 12 de Abril de 1866, expresaba que las tropas francesas no volverían á Francia sino en tres secciones, es decir: la primera á fines de Octubre de 1866, la segunda en la primavera de 1867, y la tercera en Octubre



General Almonte.

Julio de 1866 y ya las tropas comenzaban á reconcentrarse, para salir del territorio mexicano. Las poblaciones que los franceses abandonaban eran casi inme-

diatamente ocupadas por los juaristas. Así por ejemplo en la época á que me refiero, ya Guaymas y Mazatlan habían sido abandonadas y Tampico y Matamoros tomadas por las tropas liberales, quedando destruída por completo la división del Norte que mandaba el valiente General reaccionario Don Tomás Mejía.

Con verdadera ansia, casi con angustia se esperaba en México el resultado de la misión confiada al General Almonte cerca de Napoleón III. Almonte había ido á París en substitución del ministro Don José María Hidalgo, á quien Maximiliano culpaba de no haber defendido sus intereses con el empeño que le imponía su deber de ministro del Imperio Mexicano. La misión de Almonte se reducía á hacer ver á Napoleón la situación aflictiva del Imperio y la necesidad que había de que las tropas francesas permanecieran aún en el país; agregábase también la solicitud de un último subsidio de dinero para aclarar la situación financiera que se encontraba igualmente en un estado deplorable.

Llegó el tan deseado correo de Francia y las noticias que Almonte comunicaba respecto al resultado de su misión eran de lo más desconsoladoras.

Decía Almonte que había sido recibido por Napoleón en audiencia solemne en los primeros días de Mayo, y que había escuchado lo que el Emperador Maximiliano pedía, es decir la revisión del tratado de Miramar para prorrogar como ya dije la evacuación del territorio mexicano por las tropas francesas, más el auxilio en numerario.

No había que dudar ni por un momento de la respuesta del Emperador de los franceses. En reunión del consejo de ministros, se rechazaron por unanimidad tales pretensiones. No sólo rehusó Napoleón, que se prolongase la estancia del cuerpo de ejército por más tiempo y el subsidio en dinero; sino que imponía nuevas y más duras condiciones para el pago de las deudas atrasadas, y de no cumplirse con estas condiciones, no sólo no se prolongaría la estancia del ejército francés en México, sino que la retirada se efectuaría inmediatamente.

Las tremendas decisiones de Napoleón III no pudieron permanecer ocultas por mucho tiempo y una consternación general se apoderó de la corte y de todos los que simpatizaban con el imperio.

Maximiliano, profundamente impresionable, no podía disimular su abatimiento; sus vacilaciones aumentaban de día en día, y entre los altos dignatarios, unos opinaban porque había llegado el momento de tomar una resolución decisiva: que se obrara con energía y se demostrara al mundo entero que el imperio podía vivir sin el auxilio de la Francia; otros, los más sensatos, opinaban que Maximiliano debía abdicar renunciando al trono de México.

Para colmo de desdichas, los Estados Unidos, en donde la guerra civil había terminado, comenzaban á dictar sus leyes. Obra suya era á no dudar la violenta retirada de los franceses, obra del Gabinete de Washington, que había llevado su audacia hasta declarar que no ad-

mitía absolutamente intervención alguna de las potencias europeas en los asuntos de México. Con tal declaración, impidió se hiciera en Trieste el enganche de voluntarios para la legión austriaca, que ya contaba con dos mil quinientos hombres, el gobierno de los Estados Unidos declaró que retiraría en el acto á su representante en Viena, si salía de aguas europeas un solo buque conduciendo tropas austriacas para México. Ante esta amenaza el Emperador Francisco José ordenó que se licenciase á los voluntarios.

La impresión que esta última noticia causó en México fué deplorable, como es de suponerse, si se tiene en cuenta que llegó un mes después de la que dió á conocer el fatal resultado de la misión Almonte. Para atenuar un poco el pésimo efecto producido en la opinión pública, se decretó la creación de batallones distinguidos que debían llamarse Cazadores de México; pero ya nada podía levantar el ánimo de los imperialistas que veían acercarse el fin de su empresa.

Por aquellos días de desaliento, la Emperatriz dió una prueba de su gran energía; manifestó que en México no debían tratarse asuntos de tal importancia con el mariscal Bazaine, y que en París no debían fiarse tan poco á los plenipotenciarios, ni mucho menos al cambio de notas. Decidió que ella en persona partiría é iría á tratar personalmente con Napoleón lo relativo al sostenimiento del Imperio. La valerosa mujer no dudaba del buen éxito de su empresa, pues aseguraba que á fuerza de súplicas conseguiría de Napo-

león lo que era necesario para la salvación de la causa imperial.

Animado Maximiliano ante la resolución heroica de su consorte, escribió de su puño y letra un largo memorial á Napoleón y aprobó la decisión de Carlota.

Esto acaecía muy pocos días antes del seis de Julio, fecha aniversario del cumpleaños del Emperador. Encontrándose éste algo indispuerto no quiso asistir á ninguna de las ceremonias que habían de verificarse en su honor y la Emperatriz fué la designada para recibir las felicitaciones en su nombre.

Como de costumbre se cantó el Te Deum en la Catedral y al recibir las felicitaciones en palacio, contestó la Emperatriz con estas palabras textuales:

« Señores,

« Me es grato recibir vuestros votos en nombre del príncipe que os ha consagrado toda su existencia, y aseguraros que su vida y la mía no tienen más objeto que vuestra dicha. »

Terminada la recepción se dirigió Su Majestad á Chapultepec, suprimiéndose la comida de gala, los fuegos artificiales y la iluminación.

Otros cuidados, otros asuntos de vital importancia tenían que tratarse y que atenderse ahora, para no perder tiempo en demostraciones de una confianza y de una alegría que ya no existían ni en los soberanos, ni en los súbditos del imperio.

La Emperatriz en su alocución no aludió absolutamente á su viaje ; pero no podía ocultarlo á las personas de su intimidad ; así es que, cuando entró á sus habitaciones para dejar el manto y la corona, sus damas de honor le pidieron permiso para abrazarla, obedeciendo al afecto que por ella sentían.

Su Majestad no se engañó respecto al sentimiento que dictaba aquella demostración, y accedió á ella ; pero en el acto los sollozos y las lágrimas se siguieron á los abrazos, y la Emperatriz considerando como una debilidad imperdonable que viesen su emoción, encerróse en su cuarto. Pero como esta conmovedora escena, no podía pasar desapercibida y ya se hacía pública, al siguiente día el Diario Oficial anunciaba en sus columnas el viaje en los siguientes términos :

« Su Majestad la Emperatriz parte mañana para tratar los intereses de México y arreglar diversos asuntos internacionales. Esta misión aceptada por nuestra soberana con verdadero patriotismo es la mayor prueba de abnegación que haya podido dar el Emperador á su nueva patria ; tanto más cuanto que la Emperatriz va á afrontar el peligro del vómito, que en esta época hace víctimas en la costa de Veracruz, tan peligrosa durante la estación de lluvias.

« Damos esta noticia para que el público conozca el verdadero objeto del viaje de Su Majestad. »

El día 9 de Julio á las cuatro de la mañana salía la Emperatriz de México, acompañada de las siguientes personas que debían ir con ella hasta Europa :

Sr. Don Martín Castillo, Ministro de Relaciones.



Sra. Gutiérrez Estrada.

Conde del Valle, Gran Chambelán.
Chambelán Don Felipe N. del Barrio.

La dama de Palacio, Doña Manuela Gutiérrez Estrada del Barrio.

El Conde de Bombelles.

El Sr. Kuhachevich, tesorero de la Casa Imperial.

La Sra. Kuhachevich, camarera mayor.

El Doctor Bouslaveck.

Dos camaristas, una española y otra vienesa, cuatro criados extranjeros y cuatro mexicanos.

Además un empleado del Ministro Castillo y la servidumbre de éste, la del Conde del Valle y la de los esposos del Barrio. La escolta iba formada por una fuerza de caballería.

Maximiliano acompañó á su ilustre consorte, á quien jamás había de volver á ver, hasta Ayotla, punto situado á unas siete leguas de México.

La misma noche del día nueve llegó la Emperatriz á Puebla y allí se verificó una escena que llamó fuertemente la atención de cuantos la presenciaron.

Á la media noche, levantóse violentamente Su Majestad, hizo llamar á su servidumbre y se hizo conducir á las habitaciones del Sr. Esteva, que había sido prefecto imperial de Puebla y que entonces desempeñaba el cargo de Comisario Imperial en Veracruz.

Llamó agitadamente Carlota á las habitaciones de este señor, le abrieron los criados que cuidaban la casa, recorrió la soberana todas las habitaciones vacías, se le indicó un salón donde algunos meses antes se había verificado un banquete y se retiró luego á su domicilio sin dar á ninguno de sus acompañantes cuenta de lo

que [había motivado tan extraña visita. Este fué el primer indicio del extravío mental de la soberana; pero esa noche, como es de suponer, nadie se imaginó lo que pasaba, ni mucho menos podía prever el triste fin de ese cerebro privilegiado.

Pasó la Emperatriz el día diez en Puebla, siguiendo el once su camino para Orizaba, donde pasó la noche y de donde salió al día siguiente, doce, para Córdoba y Paso del Macho, siendo ésta la jornada más dura de todo el trayecto, pues caía una lluvia torrencial, las carreteras estaban intransitables y habiéndose hundido en el lodo varias veces las ruedas del carruaje de la Emperatriz, fué necesario sacarlo del fango á fuerza de brazos. Impresionable y nerviosa con tanta contrariedad, quería Su Majestad seguir su camino á caballo, habiendo sido necesaria toda la energía del jefe de la escolta, para disuadirla de proyecto tan descabellado.

Se imaginaba la soberana, que si se retardaba, partiría el buque que había de conducirla á Europa, sin tener en cuenta que avisado á tiempo el capitán del vapor, éste no partiría hasta que llegase la imperial viajera á Veracruz.

Á la una de la madrugada llegó la comitiva á Paso del Macho, punto donde comenzaba entonces el Ferrocarril mexicano. Allí descansaron los viajeros unas cuantas horas y el día trece partieron para Veracruz, adonde llegaron á las dos de la tarde.

Inútil me parece decir que por todas partes recibió la soberana muestras de cariño y simpatía, para nadie

era ya un secreto la angustiosa situación del Imperio, y para todos era verdaderamente un enigma saber cuál sería la solución; pero todos presentían que jamás volverían á ver á la Augusta Señora. Otro incidente más extraño que el de Puebla marcó el paso de la soberana por Veracruz, y éste tuvo mayor resonancia pues fué en pleno día, en el muelle y ante la multitud agolpada allí para ver la partida de la Emperatriz.

Vió Su Majestad que la lancha que había de conducirla á bordo llevaba bandera francesa, se resistió á embarcarse y retrocedió violentamente encarándose con los oficiales de la capitania del puerto, donde obtuvo que se cambiara la bandera francesa por la mexicana. Para esto fué necesario hablar antes con el General Don Tomás Marín, prefecto marítimo del puerto, quien á su vez mandó llamar al comandante Cloué, de la marina francesa. Marín hizo saber á Cloué la determinación de la Emperatriz y Cloué, comprendiendo que no era tiempo de meterse á discusiones inútiles ni á contrariar á la soberana, ocasionando así un conflicto, ordenó se arriara de la proa del bote la bandera francesa y en su lugar se izara la bandera mexicana, á la vez se dirigió á la Emperatriz y con la elegancia y cortesía que caracteriza á todos los oficiales franceses le dijo que sus órdenes estaban cumplidas, y la condujo al bote que debía llevarla á bordo. Las demás personas de la comitiva, se embarcaron indistintamente unas en botes con bandera francesa, y otras en lanchas con bandera mexicana. En Veracruz se unió á la comitiva imperial

el teniente de marina Leoncio Detroyat, autorizado para viajar con la Emperatriz. En poco tiempo todos los pasajeros estuvieron á bordo, y Su Majestad siempre muda y sombría dió las gracias al comandante Cloué, diciéndole que antes de tres meses estaría de regreso en aguas mexicanas.

Á las seis de la tarde del día trece de Julio, el buque francés *Emperatriz Eugenia* levaba anclas, llevando á bordo á otra Emperatriz desdichada que jamás había de volver á ver tierra mexicana.

Cuando se le declaró la locura en Europa, corrieron en México muchos y muy diversos rumores, pero todos ellos á cual más absurdo y ninguno comprobado. Quién decía que había sido envenenada con toloache, yerba venenosísima, habiéndosele administrado en cortas dosis y por mano invisible. Se decía que las primeras dosis se le habían dado en Puebla y que después se le habían seguido administrando en Cuernavaca. Otras personas decían que en Mérida había sido envenenada; pero repito que todos esos rumores eran enteramente absurdos y que todos carecían por completo de fundamento.

Tanto en Puebla, como en Cuernavaca, como en Mérida, como en México, dejó gratisimos recuerdos y en ninguno de los lugares que visitó hubo nunca descontentos que manifestaran hacia ella antipatía ú odio. En México eran especialmente mayores las simpatías de que gozaba, pues hasta los enemigos más irreconciliables del Imperio admiraban su magnánimo corazón

y elogiaban esa institución benéfica llamada Casa de Maternidad, institución que no costó al erario ni un solo centavo y que aún subsiste como recuerdo impecederero que aquella noble y virtuosa dama dejó dando un mentís solemne á los villanos que la calumniaran.

Como último argumento contra los rumores de envenenamiento, me permitiré preguntar, ¿qué veneno era ese que tanto tardaba en dar á conocer sus desastrosos efectos?

Una notable escritora francesa Mme. Paulina Drouard, dice en el prólogo que escribió para la obra del Dr. Basch, titulada « Maximiliano en México ».

La causa de esta demencia tuvo tres versiones :

1º La princesa que llegó á Italia en completa salud y había sido allí envenenada.

Si fué envenenada en Italia ¿ cómo es que la esposa de Miramón, uno de los dos generales fusilados con Maximiliano haya estado loca como Carlota, que haya, privada de razón experimentado los mismos terrores, padeciendo como ella?

2º La Emperatriz que salió de México llena de vida y de salud, había sido envenenada antes de su partida de ese país.

¿ Qué veneno era aquel que producía un efecto tan seguro y quién podía habérselo dado?

3º En fin, que Carlota, agotada por los sufrimientos alejada de Maximiliano, que tal vez no la había dejado irse de América sino para substraerla al peligro que á am-

bos amenazaba ó para evitarle el horror de lo que podía suceder, Carlota sola y desesperada perdía la razón. »

Otro escritor francés aprecia mejor la situación en su magnífica obra llena de verdad « Fin de Imperio » de la que traducimos el siguiente párrafo :

« El vulgo que ama lo misterioso ha creído largo tiempo y cree tal vez todavía que esa perturbación del sentido manifestado por esos tristes incidentes (lo pasado en Puebla y Vera-Cruz) debió atribuirse á una tentativa de envenenamiento. Esta opinión ha sido suficientemente extendida para que hablemos de ella aquí aun cuando no la demos crédito alguno.

« No se apoya por otra parte en ningún hecho, es una simple conjetura exhibida sin prueba alguna.

« ¿ Quién hubiera tenido interés en hacer desaparecer á esta princesa? Nadie. Su locura se explica demasiado por sus pesares privados y públicos, por la tristeza de su aislamiento, por las decepciones sin número que habían destruído sus más bellas esperanzas. Ella, que había perseguido con entusiasmo su ensueño de Emperatriz, que había concentrado la energía entera de su alma en pensamientos de grandeza y ambición, veía faltarle todo en un momento, todo hundirse miserablemente en su derredor. ¿ Qué apoyo era el que había encontrado, qué sostén, qué consejo?

« Su padre acababa de morir, y al duelo de su vida privada se unían los pesares de su vida pública, haciéndolos más amargos y penosos todavía ! ¿ Era necesario más para trastornar un cerebro y la explicación más natural no es al mismo tiempo la más verosímil, la única verdadera? Agréguese á esto el cuidado de la misión que iba á cumplir, el peso de la responsabilidad que había asumido, los temo-

res, los disgustos pensando en el Emperador que dejaba en México y en otro Emperador que iba á afrontar y si de algo puede uno admirarse es, no de que esta mujer débil y sola se haya vuelto loca, sino de que durante tanto tiempo haya podido resistir á tantos motivos de locura. »

Entretanto Maximiliano pasaba la mayor parte de su tiempo en Chapultepec, dejando de venir á México días enteros ; los ministros acudían diariamente al alcázar, el capitán Pierron lo mismo y la correspondencia entre el Emperador y Bazaine continuaba día á día más animada, haciendo más y más tirante también la situación entre los dos.

El Soberano al saber los incidentes antes mencionados, y que ocurrieron en Puebla y en Veracruz, no les dió importancia alguna y los atribuyó á la naturaleza caprichosa de todas las mujeres, aún de las más inteligentes.

En su correspondencia con Bazaine, el Emperador hablaba de la pacificación general del país, y esto en los momentos en que el coronel belga Vander Smissen se retiraba de Monterrey con su legión, en los momentos en que las columnas francesas abandonaban el Saltillo y cuando al general austriaco conde de Thun, se le ordenaba que se dirigiese de Puebla á Tulancingo para evitar ciertos movimientos de los liberales, y este general no obedecía so pretexto de carecer absolutamente de dinero.

Siguiendo su idea de atraerse á los franceses, el Empe-

rador había nombrado ministro de la guerra al general Osmont y al intendente Friant, ministro de hacienda, ambos nombramientos con profundo disgusto de Bazaine, que alegaba eran incompatibles esos cargos con los que dichos jefes tenían en el ejército francés.

El decreto de tales nombramientos se publicó en el *Diario oficial*, con una nota, en la que se veía el empeño que Maximiliano tenía en comprometer más y más á los franceses en el sostenimiento de la causa imperialista.

« Estas medidas, decía la nota, en armonía con la misión de la Emperatriz demostrarán que el gobierno marcha de acuerdo con sus gloriosos aliados y hace todos los esfuerzos, que la nación tiene que exigir para activar la pacificación del país. »

En una nueva carta del Emperador á Bazaine, enviada pocos días después de ese decreto, Maximiliano anunciaba al mariscal, que según la opinión del ministerio, había declarado en estado de sitio, los departamentos en que la agitación era mayor, y agregaba que los citados ministros, opinaban debía declararse también en estado de sitio todo el Imperio. De esa manera, depositando el poder en manos de los comandantes superiores militares, se escogerían los más aptos para semejantes puestos.

Por lo que se ha leído se comprenderán desde luego cuáles eran las intenciones de Maximiliano : obligar á los franceses de grado ó por fuerza á permanecer en el territorio mexicano.